

ENTIDAD ORGANIZADORA:



PACTUM
ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE MEDIACIÓN

www.asociacionpactum.org

Dykinson, S.L.

www.dykinson.com

ENTIDADES Y ASOCIACIONES COLABORADORAS:

AUNAR
Mediación

UN CAMINO HACIA EL ENTENDIMIENTO
www.aunarmediacion.com



www.mediadomus.es



www.procumedia.es



www.asimediamedia.es

media
COAM

www.coam.org

mediaICAM
CENTRO DE RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS

www.mediacion.icam.es

ASOCIACIÓN
MADRILEÑA
DE MEDIADORES

www.ammediadores.es

SMVIS
Servicio de Mediación de Audiencias
INSTITUTO DE CIENCIAS JURÍDICAS
DE CUENTAS DE ESPAÑA

www.icjce.es

SOLUCIONES
A CONFLICTOS
INSTITUCIÓN DE MEDIACIÓN DEL
COLEGIO OFICIAL DE PSICÓLOGOS DE MADRID

www.mediacioninstitucioncolegiopsicologosmadrid.org



Solucion@

www.mediacionsolucion.com

ProMediación

www.promediacion.com

ICPM ILUSTRE COLEGIO DE
PROCURADORES
DE MADRID

www.icpm.es



Mediadores Valladolid

www.mediadoresvalladolid.com

APOYOS INSTITUCIONALES:



Universidad
Rey Juan Carlos



diseño



gonzartmadrid@yahoo.es



Y COLORÍN COLORADO,
EN ESTOS CUENTOS SE HA MEDIADO.

EDUCANDO EN LA GESTIÓN POSITIVA DE CONFLICTOS

PRÓLOGO

Las primeras líneas de este prólogo quiero que reflejen mi satisfacción por poder expresar algunas ideas sobre la mediación desde mi perspectiva como magistrado. Enhorabuena por la iniciativa. Estoy seguro que este libro es un paso más en la construcción de la cultura de la mediación, que no es otra cosa que la cultura de la paz.

La mediación es otra forma de hacer Justicia; tan válida como la que impartimos los jueces a través de nuestros procedimientos en los tribunales.

Es otra forma de resolver un conflicto entre quienes discuten y están enfrentados, una forma constructiva, donde al final, todos ganan. ¿Sabéis por qué?, porque ambas partes renuncian a alguna cosa a la vez que ofrecen otra, y encuentran un punto común en el que están conformes y contentos.

Los jueces podemos utilizar la mediación, y muchas veces la utilizamos, derivando los asuntos a mediadores profesionales, quienes procuran guiar a las personas para que puedan ponerse de acuerdo. Pero también es posible que aquellos que tienen un problema acudan a la mediación antes de acudir a los jueces.

Es importante que sepáis que aquellas personas que son las que producen el conflicto también pueden resolverlo por sí mismas, con la ayuda de los mediadores, utilizando el diálogo como instrumento y muchas técnicas y herramientas que ellos conocen.

Estoy convencido que la mejor manera de acercar a los niños y a los jóvenes a la mediación es a través de la diversión, a través de relatos de este tipo, a través de “CUENTOS DE MEDIACIÓN”.

Solo se aprende bien y solo se enseña bien, si se disfruta mientras ambas cosas se llevan a cabo. Disfrutemos con la lectura de este magnífico libro y sigamos difundiendo bien la mediación.

Juan Francisco Mejías Gómez.
Magistrado. Vicepresidente Institucional de GEMME España.

Índice

Ciudad del faro	7
Peleas y acuerdos en el jardín	12
Pupitas FC	17
El afinador de palabras	22
Las hadas Patipú y Patipá	25
les fades Patipú i Patipà	29
La fiesta de los cuatro reinos	33
Las costumbres de mi vecino	38
Los colores de la mediación	42
¿Donde está mi casa?	46
Los ositos de Encantaria	49



Leire Segovia Pérez (9 AÑOS)

Ciudad del faro

María del Mar Oriol López

Había una vez una bonita ciudad, bañada por el mar, llamada Ciudad del Faro.

En esta ciudad vivía Estrella, una niña de 9 años, alegre, juguetona y con un gran deseo... que todo el mundo viviera en paz.

Pero la vida en la ciudad no siempre era todo lo tranquila que Estrella deseaba.

Como Estrella vivían niños y niñas increíbles. Si les conocieras, te dejarían tan asombrado que se te pondrían los ojos como platos.

Por ejemplo se encontraba Delfín, el hijo del pescador. Delfín al salir

del cole, se dedicaba, con sus largos brazos, que se extendían hasta 10 metros, a limpiar el fondo del mar, sacando la basura que pudiera haber. Gracias a esto tenían un mar cristalino donde los peces, y todo tipo de animales marinos, vivían felices. Alguna vez cuando caía algo al agua, Delfín se enfadaba mucho.

Otra niña, Prado, hija de la guardabosques, tenía una súper visión que atravesaba los objetos. Era capaz de ver hasta muy lejos a través de árboles y montes y podía saber si algún animal estaba en apuros. Sin embargo, esta visión extraordinaria, con la que también podía ver lo que pasaba dentro de las casas, la convirtió en un poco cotilla y chismosa.

Paloma, la hija del cartero, podía oler el agua de las nubes y saber cuándo iba a llover, hacer calor, o si se acercaban forasteros al pueblo, solo por el olor. Lo malo es que esta habilidad le hacía regañar cuando algún olor no le gustaba.

En ciudad del Faro vivían muchos habitantes con poderes sorprendentes.

En medio de todos se encontraba Estrella a la que le entristecía mucho que los demás discutieran. A pesar de su corta edad siempre intervenía dando soluciones que unas veces funcionaban y otras no.

Ella tenía un gran poder que todavía no había descubierto aunque algo sentía.

Cuando sucedía alguna pelea en el cole, Estrella, muy habilidosa, les decía a sus compañeros lo que tenían que hacer. A veces le hacían caso y todo se arreglaba, pero no siempre era así. Cuando no le hacían caso se ponía muy triste, no entendía por qué no hacían lo que ella les decía, si otras veces había funcionado, y sobre todo, no comprendía por qué tenía que haber conflictos, y pensaba... — tengo que acabar con todas las peleas.

Así, un día sus amigas Prado y Paloma discutían a gritos en el parque.

Su amigo Delfín les habló de la Gran Travesía Anual en Barco y de que su padre le dejaba invitar a una amiga, pero solo a una.

Estrella se acercó y como de costumbre trató de acabar con la pelea.

Estrella les dijo:

— Chicas, se acabó la discusión, este año irás tú, Prado y el año que viene irá Paloma, o al revés, echadlo a suertes y ya está.

Pero sus amigas miraban a Estrella decepcionadas, la imposición no les gustaba en absoluto. Sabían que Estrella había ayudado en otras ocasiones pero a ellas esta solución no les convenía.

Apretando la boca y algo nerviosas, le dijeron a su amiga que no querían esa solución.

A Estrella se le llenaron los ojos de lágrimas, no entendía, le parecía una buena idea y sobre todo se acababa el problema.

Muy triste se alejó de sus amigas.

Caminando llegó al Gran Faro de la ciudad por el que lleva su nombre.

En el faro estaba sentada la anciana que vive allí. Al mirar los ojos de Estrella le invitó a sentarse y le dijo:

— ¿Qué tal Estrella?, me parece ver que te encuentras triste, ¿algo te preocupa?

Estrella le contestó:

— No me gustan las peleas ni los conflictos y creo que puedo acabar con ellos, ¡pero no me hacen caso!

Le contó lo sucedido con sus amigas.

La anciana le escuchó atenta y después le preguntó:

— Estrella ¿has dejado que tus amigas piensen como les gustaría

solucionar su problema? ¿Les has dado la oportunidad de explicar que necesita cada una? ¿Has pensado alguna vez que siempre van a existir los problemas, los malentendidos y los puntos de vista diferentes y eso puede no ser malo? Mira, solo hay que aprender a solucionarlos bien. Y tú puedes ayudarles a que ellas encuentren la forma.

Estrella escuchaba con atención, reflexionó las preguntas y contestó a la anciana:

— Lo siento, no se me había ocurrido preguntarles.

Se levantó ilusionada y exclamo:

— Muchas gracias ¡Lo intentaré!

Estrella sonrió a la anciana y se despidió.

Al día siguiente, en el colegio, aprovechó el recreo para hablar con sus amigas.

Estas seguían enfadadas.

Al ver a Estrella le dijeron:

— No nos gusta la solución que nos diste.

Estrella, tranquila, contestó:

— Disculpad, lleváis razón, creo que vosotras podéis encontrar la forma de solucionarlo. Yo solo quiero ayudaros.

Sus amigas aceptaron y se pusieron a hablar. Estrella les hizo varias preguntas acerca de su deseo de ir en el barco con Delfín.

Prado quería aprovechar su gran visión y buscar tesoros en el fondo del mar, también podría ayudar a localizar los mejores pescados. Mientras Paloma anhelaba descubrir nuevos olores, pensaba que en el mar encontraría muchos y con su olfato sería única para detectar

zonas infectas o peligrosas.

Tras escucharse una y otra, decidieron que podrían hablar con el padre de Delfín y hacerle una propuesta. Juntas podían disfrutar y ser útiles a la vez.

¡Y cómo no!, el padre de Delfín aceptó encantado.

Así encontraron una buena solución para ambas, gracias a que su amiga, mediando, les ayudó a comunicarse.

Al atardecer, Estrella fue a visitar a la anciana y le contó lo sucedido.

La anciana alegre le dijo:

— ¡Enhorabuena Mediadora! Observa nuestro Faro, da luz para que los marineros vean la costa y no choquen con sus barcos. El Faro solo da luz y los barcos eligen su camino. Ya sabes por qué tú también eres extraordinaria. Tú puedes ser Luz mediando, cuando las personas tienen conflictos.

Y así, Estrella descubrió su magnífico talento.

Y colorín colorado, en este cuento se ha mediado.



Paula Alonso Rodríguez (11 AÑOS)

Peleas y acuerdos en el jardín

Jorge Gómez Consuegra

Juan era el mayor de los jardineros del Parque del Retiro. Cuidaba del que llamaban “El jardín de las mil flores”. Además, Juan tenía un fantástico poder; ¡él podía hablar con todas las plantas!

El suyo era uno de los jardines más hermosos. Nadie que pasara por allí, podía resistirse a tomarle fotos, especialmente los niños y niñas que alucinaban con las divertidas formas que Juan daba a los setos.

Una mañana de Marzo Juan estaba plantando semillas de pensamientos al pie de un árbol; de repente, las semillas le dijeron:

Que sepas que este año no vamos a salir, nos declaramos en huelga de floración — dijo una semilla de pensamiento, en nombre de

sus compañeras—. Estamos hartas de que nos plantes al pie de los árboles y lleguen los perros y nos rieguen encima. Solo te preocupas por los tulipanes de la entrada, que tienen vistas privilegiadas.

— ¡Enanas envidiosas! — gritaron los brotes de los tulipanes desde la entrada.

— Nosotras estamos cansadas de que las personas acerquen sus narices para olerenos. Y de que nos arranquen y nos lleven para lucirnos en sus floreros —protestaron las rosas.

— Ya... Pero vosotras estáis al sol, mientras nosotras, pasando frío a la sombra —exclamaron las plantas de hortensias.

— ¿Y nosotras qué? Estamos pocos días, y nos colocan al fondo del jardín, por donde nadie pasa —dijeron las flores de los cactus, sumándose a la discusión.

— ¿Pero... cómo no me habéis dicho nada de esto antes? Sabéis que os cuido con delicadeza... ¡Vaya desconsideración! — dijo Juan, con voz indignada.

Las flores y plantas se pusieron en pie de guerra, y manteniendo sus reivindicaciones y protestas, rompieron el diálogo con su jardinero.

Entonces, ¿qué podemos hacer? — preguntó Juan a las plantas semillas y flores del jardín.

No sé — dijo un clavel — habla con el Jardinero Jefe y que él decida. Pero si le dices que algunas compañeras no van a florecer este año te dirá que pongas otras especies en su lugar y entonces será peor para todos.

Un pino centenario, que lo sabía todo del parque, decidió intervenir en el conflicto, comentándoles con voz grave:

— Conozco a una ardilla que vive en el hueco de un ciprés, que me contó que es mediadora. Leyó un libro de cuentos de mediación para

niños que descubrió durante la Feria del Libro de Madrid del año pasado. Desde entonces, cambió su profesión de constructora por la de ayudar a plantas y animales, a mejorar su comunicación para tratar de ponerse de acuerdo cuando tienen un problema. Dice que de eso se trata la mediación. Se llama Lara. ¿Qué tal si Juan va a buscarla y habláis con ella?

A las semillas les pareció interesante la sugerencia del pino, pero había algo que las aterrorizaba. ¿Y si la ardilla las devoraba?

El árbol las tranquilizó, diciéndoles que la mediadora era muy civilizada. Las semillas asintieron y confiaron.

A Juan le pareció una idea fantástica desde el principio. Con probar no perdían nada. Así que al día siguiente fue a por Lara.

La encontró hablando con dos gatos, que ya se marchaban, dándole una nuez cada uno, como pago por su labor de mediación entre ellos.

— ¿Qué les pasaba a esos gatos? — preguntó Juan, con intriga.

— No te lo puedo contar, es secreto y confidencial — respondió Lara.

El jardinero le explicó que tenía un problema con las flores y requerían sus servicios para que les ayude a solucionarlo. Lara accedió a acompañarle y se fue hacia el jardín saltando de árbol en árbol.

Llegaron al jardín de las mil flores. Lara se sentó a un lado y se dispuso a escuchar lo que pasaba. Primero saludó a todas las plantas, árboles y flores.

— ¡Anda!, sí sabes hablar en botánico como nosotras — le dijo el clavel a Lara.

— Pues sí, sé hablar en ardillés, en gatuno, perruno, y en botánico como vosotras. Para hacer mi trabajo necesito poder comunicarme bien. Contadme, ¿qué es lo que os pasa? — preguntó Lara.

Empezaron a chillar todos a la vez... — ¡Aquello era un lío!

La ardilla pidió que hablaran por turnos para poder escucharse y entenderse. Y les aseguró que iban a poder expresar todo lo que sentían y querían.

Cada uno contó la historia de lo ocurrido, tal como la habían vivido.

Juan pidió a las flores que tuvieran en cuenta que su trabajo consistía en ubicarlas en el jardín conforme con su naturaleza y en función de la cantidad de sol que necesitaban. Admitió que después de tantos años, estaba acostumbrado a hacer las cosas a su modo, sin pensar en los beneficios de algún cambio.

Las flores le pidieron que tratara de entender que era muy molesto para ellas que los visitantes las olieran, tocaran, pisaran e incluso arrancaran. Reconocieron que Juan las cuidaba con cariño y delicadeza; las regaba, las abonaba y las cubría con un plástico cuando hacía frío.

— Entonces, podéis pensar juntos en algunas ideas con las que todos estéis contentos? — dijo Lara.

Los lirios preguntaron: — ¿Podría Juan poner un cartel que pidiera respeto para las plantas y flores?

Y los geranios propusieron: — ¿Y si nos cambia cada año de sitio a todas?

Juan estuvo de acuerdo y además, se comprometió a colocar un cartel en la entrada del jardín, indicando cual era la flor especial del año. Así, habría año de las margaritas, de los claveles, de los crisantemos...

A las flores les pareció estupendo. Y por su parte, prometieron esforzarse por crecer con más vigor cada vez.

Todos quedaron satisfechos, tanto por el acuerdo como por haberlo conseguido por ellos mismos.

Lara tuvo que ampliar su horario de trabajo en el parque, porque la mediación se convirtió en la forma preferida para resolver los conflictos que allí surgían.

Y colorín colorado, en este cuento se ha mediado.



Paula Alonso Rodríguez (11 AÑOS)

Pupitas Fútbol Club

Josep Redorta y Karina Sotelo

Andrés tenía 9 años cuando protagonizó esto que no es un cuento de hadas. Podría parecer una canallada. Pero es una historia bonita, contada en prosa rimada.

Con el pelo rubio y una estatura acorde a su edad, tenía un carácter explosivo que complicaba la amistad. A la hora de estudiar no mostraba ninguna dificultad. No tenía hermanos, y comer, no comía muy bien, a decir verdad. De ahí que se veía delgado y con cierta fragilidad. Por lo demás, no presentaba nada de especial complejidad.

Sin embargo, algo raro comenzó a notar, cuando al campo de fútbol del colegio, casi no le dejaban entrar. Nadie le entregaba el balón para jugar, excepto un niño de otro curso, llamado Gaspar.

Si quedaban los compañeros para ir al parque, no le invitaban. Y si intentaba unirse a un grupo del Fortnite, lo expulsaban.

Le llamaban “Pupitas”. Y tanto así le decían, que ya pocos recordaban su nombre, Andrés Barsasían. Cuando escuchaban el apodo, todos se reían.

Al principio, hasta al propio Andrés le resultaba ingenioso. Pero al poco tiempo dejó de parecerle gracioso. Comenzó a sentirse triste, y algunas veces, furioso.

Había perdido la ilusión, y se sentaba solo en un rincón, observándolo todo con gran desazón. Cada día le costaba más prestar atención.

No se enteraba de lo que la maestra enseñaba, incluso en clase de mates, la asignatura que más le gustaba.

Los padres de Andrés percibieron que algo extraño sucedía. “No quiero ir al cole hoy”, decía. Y lo mismo, cada día, repetía.

Andrés callaba cuando se le preguntaba, por lo que sus padres decidieron ir a la escuela para averiguar qué pasaba.

La directora no sabía nada sobre esto, por lo que fue a hablar con la tutora, que se encontraba en la cancha de baloncesto.

Eulalia, que era el nombre al que la profesora respondía, les prometió que en unos días les llamaría, luego de investigar lo que ocurría.

Si no había ningún problema en la familia, debía indagar dentro del colegio y permanecer en vigilia.

Durante el siguiente recreo a ninguno de sus alumnos perdió de vista, se mantuvo muy atenta, tratando de descubrir alguna pista. La directora confiaba en que la encontraría, porque la tutora era muy lista.

Oyó que algunos niños le gritaban: “¡Pupitas, devuelve la pelota!” y vio que Andrés la dejaba caer como un pasota.

“—¡Ya está! —dijo la maestra después de una breve reflexión—, en esa manera de llamarle está la clave de la situación”.

Eulalia pensó en prohibir que le llamaran así a Andrés, porque no le parecía nada cortés.

Pero se percató que evitarlo no era la mejor opción, y que todo conflicto necesita una buena gestión.

Eulalia no sabía demasiado cómo encarar el tema, así que decidió buscar ayuda para solucionar el problema.

Entonces lo consultó con dos alumnos ayudantes del curso superior, que habían recibido clases para resolver los conflictos en el colegio, con la colaboración de un mediador.

Ángela y Antonio se llamaban, y eran un amor.

La niña tenía once años y usaba un lazo de color añil. El niño haría los doce en abril. Ambos se reunieron con Andrés y el grupo afín, para enterarse del conflicto y ayudar a ponerle fin.

Para disfrutar del solecito de la primavera y propiciar un ambiente relajado, se reunieron en el jardín del colegio, debajo de un tejado.

Empezó hablando uno de los compañeros, el que llevaba el pelo rapado. Comentó que la historia venía del curso pasado. Cada vez

que le alcanzaba la pelota de un golpe un poco pesado, Andrés reaccionaba de un modo exagerado.

Si recibía una patada, por pequeña que fuera, se ponía como una fiera.

Solía chivarse de todos a la profesora vigilante, y luego, se quedaba tan campante.

Una vez se cayó del columpio como cualquier niño travieso, pero él chillaba como si se hubiera roto un hueso.

Nada, fue un ligero morado, pero de tanto gritar se le puso el rostro colorado.

Ante el menor daño, Andrés decía que se había hecho una pupa, y fue así como nació aquel apodo, que a algunos compañeros les parecía de aúpa.

Como entendían que comportarse así no era una virtud, el grupo decidió que no jugaría más con él, hasta que cambiara de actitud.

Luego llegó el turno de Andrés para hablar. Estaba tan disgustado, que a la cuarta palabra se puso a llorar.

Cuando se repuso, dijo que entendía que quejarse tanto podía resultar injusto, pero que lo de “Pupitas” no le hacía sentir a gusto.

Y aunque muchos compañeros lo encontraban un mote excelente, a él le parecía insolente.

Explicó que no lo sentía una banalidad y que quería que le llamaran por su nombre, porque afectaba a su identidad.

Contó también que echaba de menos compartir con los amigos, en especial el fútbol, que era uno de sus juegos preferidos.

Los alumnos mediadores hicieron varias preguntas y pidieron a todos que pensarán en aquello que los unía. No dudaron en decir que era la pasión por el deporte y disfrutar de la compañía.

Los chicos comprendieron que cuando alguien se siente ofendido por una simple bromilla, deja de ser divertido y puede convertirse en una pesadilla.

Andrés prometió no quejarse por cualquier tontería y revisar su actitud. Recurriendo a su sentido del humor y empatía, propuso formar un equipo y llamarle “Pupitas Fútbol Club”. Accedieron todos con gran algarabía y con sonrisas de gratitud.

Ganaron muchos torneos y alguna que otra competencia, a la vez que ganaron en aprender a escuchar y tratar de entender a los demás, y a tener paciencia.

Hace ya tiempo de aquella reunión, en la que los niños pudieron apreciar, que las diferencias se pueden mejorar, con una mediada solución.

Algunos hoy, juegan en la cantera de equipos de primera división, y aprovechan cualquier ocasión, para animar a los pequeños a resolver los conflictos, a través de la mediación.

Y colorín, colorado, en este cuento, se ha mediado.



Julia Marín García (7 AÑOS)

El afinador de palabras

Pedro Marín Girón

Cuando le dije a Sebas que era mi “afinador de palabras”, a él le Entró la risa. Pero, de verdad, que así lo pienso.

Y es que hay veces en las que, aunque las personas tengamos este instrumento tan increíble que es la palabra, cuando intentamos entendernos entre nosotros, no lo usamos bien, y no conseguimos decir lo que queremos decir, ni a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera... E incluso hay veces en las que, triste y sorprendentemente,

aunque pudiéramos decir lo que queremos decir, nos empeñamos en no hacerlo.

En muchas de esas ocasiones, un mediador, quiero decir un “afinador de palabras”, resulta de gran ayuda. Y no es que su tarea consista en afinarnos retorciéndonos las orejas para ajustar la tensión de nuestras cuerdas vocales, como si fuésemos guitarras. No. Porque, aunque pudiéramos merecerlo, al final esto no resulta eficaz, sino todo lo contrario.

Yo diría que su labor es más difícil, más completa. Y aunque, en parte, tiene que ver también con la tensión, se asocia a una tensión que es mucho más difícil de ajustar. La tensión que surge cuando las personas nos relacionamos.

De esta forma, tal y como yo lo veo, su arte reside en recoger palabras lanzadas, confundidas, perdidas, escupidas... y afinarlas dándoles una vuelta por aquí y una vuelta por allá, cambiándoles el color y el tono con que surgieron. Buscándoles nuevos puntos de vista desde donde ser escuchadas para ampliar su significado y a la vez su entendimiento. Hacer malabarismos con ellas cambiándoles el orden y la colocación para que dejen de ser arrojadas y puedan comenzar a ser compartidas. Y generar el ánimo para que las palabras se conviertan en frases, que después sean mensajes, que puedan facilitar la comunicación de deseos, peticiones, intereses, necesidades...

Así, sólo así, a través de ese sencillo pero tan complicado arte, Sebas me acompañó y afinó mis palabras para que, después de decir que quería la custodia, me atreviera a explicar que necesito pasar el mayor tiempo posible con mi hijo. Y, no conformándose con eso, me insistió para que pudiera exponer que quiero estar ahí para todo lo que él necesite. Y a expresar que me gustaría disfrutar con él saliendo juntos al campo, viendo sus dibujos animados favoritos, enseñándole a montar en bici sin ruedines, ayudándole a hacer los

deberes, leyéndole un cuento antes de irse a dormir, o tirándole de las sábanas para que se despierte y llegue al cole a su hora...

Así, sólo así, con mucho empeño y mucho trabajo, Sebas me acompañó y afinó mis palabras para que, no sé si a la tercera, a la cuarta, o a la quinta... pudiera decir lo que, en realidad, quería decir. E incluso algo mucho más importante, para que consiguiera que Tamara me entendiera, y que yo, a su vez, también pudiera entenderla a ella. Ayudándonos, con su compañía y con ese arte de afinar nuestras palabras, a reconocernos en el hecho de que, aunque ya no somos pareja y pudiera parecer que decíamos cosas opuestas, en el fondo, nos interesa, queremos y necesitamos lo mismo. Y que somos los más indicados, el uno y el otro en conjunto, para poder conseguirlo.

Y colorín, colorado, en este cuento, se ha mediado.



Elar (4 AÑOS)

Las hadas Patipú y Patipá

Mar Ferrol Flix

Decía la leyenda que la tierra estaba dividida en una franja infranqueable que separaba dos mundos. En la parte norte, llena de hielo y de agua, vivían los animalitos del frío. Eran muy felices y les encantaba bañarse y revolcarse por el hielo. El medio-sur, que así es como se denominaba la otra parte, estaba lleno de bosques, campos de cultivo y lagos, y los animalitos que vivían allí jugaban llenos de alegría.

Las hadas Patipú y Patipá, que velaban por aquella tierra, cantaban al unísono muy agradecidas por la felicidad que se desprendía de aquellos dos mundos llenos de cordialidad.

He aquí que un día, los animales del norte notaron cómo su territorio estaba cambiando. De hecho, cada vez era más pequeño, y se empezaron a preocupar. Los animales del sur, por su parte, empezaron a ver como su terreno se iba ampliando pero que, en cambio, la parte más baja de su tierra se estaba secando. Por este motivo, los del medio-sur se vieron obligados a cruzar la línea divisoria de la tierra para poder coger hielo y deshacerlo en las zonas más secas.

Pasaron los días y los animales del norte, que veían como sus reservas de hielo iban disminuyendo y que cada vez les era más difícil encontrar comida, decidieron finalmente traspasar la franja en busca de lagos con agua y alimentos para subsistir.

Pero un día, mientras unos traspasaban la franja hacia arriba en busca de hielo, y los otros hacia abajo en busca de comida, se cruzaron y, en aquel momento, todo estalló. Las acusaciones mutuas y los gritos y lamentos de lo que les estaba pasando se podían escuchar desde todos los rincones del mundo y las hadas Patipú y Patipá decidieron actuar.

Patipú y Patipá pidieron a los animalitos tranquilidad porque tenían que poder comunicarse para entender lo que estaba pasando. El grupo del norte les explicó que los animales del sur les estaban robando su hielo y que su territorio se estaba haciendo pequeño. El grupo del medio-sur explicó, a su vez, que los animales del norte les estaban quitando la comida y el agua, y que, por ese motivo, su tierra se estaba secando. Las hadas los escuchaban atentamente.

Patipú, entonces, intervino, y les expresó lo que había entendido reformulando la exposición de cada parte. Así pues, los dos grupos estaban preocupados porque veían que su tierra estaba cambiando, a la vez que unos, se preocupaban por quedarse sin comida y agua, motivo por el que invadían la franja medio-sur, y los otros, por quedarse sin lagos, motivo por el cual estaban cogiendo el hielo del norte.

Los animales de ambas bandas atendían con interés. Los del norte añadieron que también sufrían por sus pequeños, y por el mundo que les dejaban, cada vez más deteriorado. Los animales del sur asintieron porque también estaban muy preocupados por el futuro de sus hijos ya que cada vez había más sequía. Entonces, el hada Patipá les quiso sintetizar lo que habían dicho: ambos grupos sufrían por los mismos motivos, porque el mundo en el que vivían estaba empeorando y por el futuro que les esperaba a sus hijos en aquella tierra.

Todos los animalitos se miraron y su expresión cambió. No eran rivales sino que todos velaban por un mismo objetivo: poder sobrevivir, alimentar a los suyos y recuperar aquella tierra maravillosa en la que habían sido tan felices.

Entonces, las hadas Patipú y Patipá preguntaron a los dos grupos qué podían hacer para solucionar aquella situación. La ardilla no se pudo contener y dijo que podían buscar el motivo por el que la tierra estaba cambiando. Todos se mostraron conformes y decidieron organizarse conjuntamente con el fin de encontrar la solución.

Ahora bien, de repente, Darwin, el pingüino, escuchó un ay. Venía desde el cielo. El águila, Cometa, que volaba cerca del sol, se había lastimado y caía a gran velocidad. Afortunadamente, Darwin la pudo coger al vuelo y, de esta manera, salvar. Los dos animalitos se miraron estupefactos... No podían entender cómo los rayos del sol habían podido dañar el ala de la pobre águila. Decididamente ambos miraron arriba y vieron algo diferente; ¡el sol solecito ya no llevaba sus gafas de sol!

Todos se lamentaron, ahora entendían lo que estaba pasando. El sol ya no portaba su protección y sus rayos estaban dañando su tierra. El norte se estaba fundiendo y el sur se estaba secando. Debían encontrar sus gafas, para encauzar la situación.

Rápidamente, el león y la jirafa decidieron que inspeccionarían la parte inferior de la tierra, y el oso polar y la morsa, los mares árticos.

El zorro polar dijo que miraría por los glaciares y, el elefante, por los prados y por los bosques. Todos se asignaron una tarea con el fin de trabajar juntos.

Después de unos cuantos días de búsqueda, el topo excavador encontró las gafas de sol dentro de un hoyo próximo a su casa y lo comunicó al grupo.

Como ninguno de los animalitos de la tierra se veía capaz de devolver las gafas al sol por miedo a quemarse, decidieron pedir la ayuda de las hadas Patipú y Patipá ya que, como eran mágicas, ellas se las podrían devolver. Y así fue.

Los rayos del sol dejaron de dañar la tierra y todos los animalitos del bosque comprendieron que la leyenda no tenía ningún sentido ya que el mundo era mucho mejor sin ninguna división, era mucho mejor con una buena comunicación y con la colaboración de todos. Y así es como a partir de aquel momento todos se sintieron en libertad para disfrutar de todos los rincones del planeta, y las hadas Patipú y Patipá, que velaban por aquella tierra, siguieron cantando al unísono todavía más agradecidas por la felicidad que se desprendía, ahora, de aquel único mundo lleno de cordialidad y empatía.

Y colorín, colorado, en este cuento, se ha mediado.



Elar (4 ANYS)

Les fades Patipú y Patipà

Mar Ferrol Flix

Deia la llegenda que la terra estava dividida en una franja infranqueable que separava dos mons. A la part nord, plena de gel i d'aigua, hi vivien els animalets del fred. Eren molt feliços i els encantava banyar—se i rebolcar—se pel gel. El mig—sud, que és com es deia l'altra part, estava ple de boscos, camps de conreu i llacs, i els animalets que hi vivien jugaven plens d'alegria.

Les fades Patipú i Patipà, que vetllaven per aquella terra, cantaven a l'uníson molt agraïdes per la felicitat que es desprenia d'aquells dos mons plens de cordialitat.

Vet aquí que un dia, els animals del nord van notar com el seu territori estava canviant. De fet, cada vegada era més petit, i es van començar a preocupar. Els animals del sud, per la seva banda, van començar a veure com el seu terreny s'anava ampliant però que, per contra, la part més baixa de la seva terra s'estava assecant. Per aquest motiu, els del mig—sud es van veure abocats a creuar la línia divisòria de la terra per poder agafar gel i desfer—lo a les zones més seques.

Passaren els dies i els animals del nord, que veien com les seves reserves de gel disminuïen i que cada vegada els era més difícil trobar menjar, van decidir finalment traspasar la franja en busca de llacs amb aigua i aliments per subsistir.

Però un dia, mentre uns creuaven la franja cap a dalt en cerca de gel, i els altres cap a baix en busca de menjar, es van trobar i, en aquell moment, tot va esclatar. Les acusacions mútues i els crits i laments del que els estava passant es podien escoltar des de tots els racons del món i les fades Patipú i Patipà van decidir actuar.

La Patipú i la Patipà van demanar als animallets tranquil·litat perquè havien de poder comunicar—se per entendre el que estava passant. El grup del nord va explicar—los que els animals del sud els estaven robant el seu gel i que el seu territori s'estava fent petit. El grup del mig—sud va exposar, al seu torn, que els animals del nord els estaven prenent el menjar i l'aigua, i que, per això, la seva terra s'estava assecant. Les fades els escoltaven atentament.

La Patipú, llavors, va intervenir i els va expressar el que havia entès tot reformulant el discurs de cada part. Així doncs, els dos grups estaven preocupats perquè veien que la seva terra estava canviant, alhora que uns, es preocupaven per quedar—se sense menjar i aigua, motiu pel qual envaïen la franja mig—sud, i els altres, per quedar—se sense llacs, motiu pel qual estaven agafant el gel del nord.

Els animals d'ambdues bandes atenien amb interès. Els del nord van afegir que també patien pels seus petits, i pel món que els deixaven,

cada vegada més deteriorat. Els animals del sud van assentir perquè també estaven molt preocupats pel futur dels seus fills ja que cada vegada hi havia més sequera. Llavors, la fada Patipà els va voler sintetitzar el que havien dit: ambdós grups patien pels mateixos motius, perquè el món on vivien estava empitjorant i pel futur que els esperaria als seus fills en aquella terra.

Tots els animallets es van mirar i la seva expressió va canviar. No eren rivals sinó que tots vetllaven per un mateix objectiu: poder sobreviure, alimentar als seus i recuperar aquella terra meravellosa en la qual havien estat tan feliços.

Llavors, les fades Patipú i Patipà van preguntar als dos grups què podien fer per solucionar aquella situació. L'esquirol no es va poder contenir i va dir que podien buscar el motiu pel qual la terra estava canviant. Tots es van mostrar conformes i van decidir organitzar—se conjuntament per tal de trobar la solució.

Ara bé, de sobte, en Darwin, el pingüí, va sentir un ai. Venia des del cel. L'àliga, la Cometa, que volava prop del sol, s'havia fet mal i queia a gran velocitat. Afortunadament, en Darwin la va poder agafar al vol i, d'aquesta manera, salvar. Els dos animallets es van mirar estupefactes... no podien entendre com els rajos del sol havien pogut danyar l'ala de la pobre àliga. Ben decidits, van mirar amunt i van veure quelcom diferent; el sol solet ja no portava les seves ulleres de sol!

Tots es van lamentar, ara entenien el que estava passant. El sol ja no duia la seva protecció i els seus rajos estaven malmetent la terra. El nord s'estava fonent i el sud s'estava assecant. Calia trobar les seves ulleres per redreçar la situació.

Ràpidament, el lleó i la girafa van decidir que inspeccionarien la part inferior de la terra, i l'os polar i la morsa, els mars àrtics. La guineu polar va dir que miraria pels glaciers i, l'elefant, pels prats i pels boscos. Tots es van assignar una tasca per tal de treballar plegats.

Després d'uns quants dies de cerca, el talp excavador va trobar les ulleres del sol dintre d'un sot proper a casa seva i ho va comunicar al grup.

Com que cap dels animallets de la terra es veia capaç de tornar les ulleres al sol per por de cremar—se, van decidir demanar l'ajuda de les fades Patipú i Patipà ja que, com que eren màgiques, elles les hi podrien tornar. I dit i fet.

Els rajos del sol van deixar de fer mal a la terra i tots els animallets del bosc van comprendre que la llegenda no tenia cap sentit ja que el món era molt millor sense cap divisió, era molt millor amb una bona comunicació i amb la col•laboració de tots. I així és com a partir d'aquell moment tothom es va sentir amb llibertat de gaudir de tots els racons del planeta i les fades Patipú i Patipà, que vetllaven per aquella terra, van continuar cantant a l'uníson encara més agraïdes per la felicitat que es desprenia, ara, d'aquell únic món ple de cordialitat i empatia.

I catatric—catatrac en aquest conte s'ha mediat



Lucía Gallego de la Cámara (9AÑOS)

La fiesta de los cuatro reinos

Myriam de la Cámara Romero

El Reino de Fuego se disponía a organizar la Fiesta de los Cuatro Reinos.

La Reina Lucía estaba muy ilusionada, eran la primera vez que organizaba la Fiesta y caminaba ligera hacia su despacho, cuando oyó discutir airadamente a la Consejera del Tesoro con su Consejero de la Fiesta de los Cuatro Reinos.

— No se puede hacer lo que has pensado ¡Es imposible!

— Claro que podemos ¡Son las primeras fiestas de la Reina y van a ser las mejores!

— Olvídalo y confórmate con el baile y los fuegos, nada de torneos de dragones y mucho menos el banquete, ni las flores del Reino de Hielo, ni los peces voladores del Reino del Aire, ni las carreras de los Caballos de Agua ¡No podemos pagarlo!

— ¡Pues piensa algo!

— ¿De verdad piensas que no lo hago? ¿Crees que soy tan inepta como tú?

La Reina Lucía no entró en el despacho de la discusión, siguió caminando preocupada y cuando llegó a su mesa llamó a su primo Rodrigo, el Rey del Reino de Agua.

— Rodrigo, tengo un gran problema, mis consejeros están discutiendo ¡Se han insultado!

— Pues entra y ponles firmes.

— Eso no vale para nada y los sabes. Están muy estresados, es difícil su trabajo, pero si ellos no pueden... ¡Lo tendría que hacer yo todo! Deben trabajar unidos.

— Te entiendo ¿Cómo te puedo ayudar?

— Tú conocías a los Gnomos Mediadores, ¿no? Yo no sé contactar con ellos.

— Sí ¡Buena idea! Tienes que llamarles poniendo una mariposa de luz dentro de una campana de cristal cuando vayas a acostarte.

— Muchas gracias, ya te contaré.

Esa noche, al entrar en su habitación, la Reina Lucía colocó con cuidado en una campana de cristal la brillante mariposa de luz que había cogido en el jardín cuando revoloteaba entre rosas de fuego.

Se durmió llamando a los gnomos mediadores.

— Hola Lucía ¿Nos has llamado?

Lucía se frotó los ojos y miró esas dos pequeñas figuras que le sonreían sentadas en su cama.

— Soy Brunilda de los Gnomos del Bosque y mi amigo Merlitón de los Gnomos Multicolor.

Merlitón sonrió ampliamente bajo su barba blanca.

— Muchas gracias por venir tan rápido. Mi Consejera del Tesoro y mi Consejero de la Fiesta de los Cuatro Reinos están muy nerviosos y enfadados entre ellos. Necesito que solucionen sus diferencias y trabajen juntos. Yo no quiero intervenir porque no me parece buena idea, pero el problema es muy importante para mi Reino y no hay tiempo que perder.

— Un trabajo difícil ¿Por qué no lo encargas a un mediador vuestro?

— Aquí todo el mundo está muy implicado en las Fiestas, me parece difícil encontrar a alguien imparcial.

— Sí, ser imparcial es muy importante.

— No te preocupes, ahora nos ponemos a la tarea —según dijo esto Brunilda y Merlitón desaparecieron dejando una estela de purpurina dorada. La mariposa ya no estaba en la campana de cristal.

Cuando se despertaron los dos consejeros estaban en mitad del bosque de los Gnomos Multicolor, sentados en unas cómodas sillas de hojas de palma, rodeados de flores y con dos gnomos que los miraban sonrientes.

— Buenas noches —dijo Merlitón— Perdonad la manera tan extraña de traerlos, pero son circunstancias especiales y confiamos en vuestra comprensión, si después de explicarlo os queréis ir, al instante estaréis en vuestros aposentos.

—La Reina Lucía cree que tenéis un conflicto y que no estáis trabajando bien juntos en la organización de la Fiesta. Le parece que es algo urgente e importante, sin tiempo que perder. —Continuó Brunilda.

— Sí, pero no se puede hacer nada. No hay dinero para todo lo que quiere hacer el Consejero de la Fiesta.

— Veis, así está siempre ¡no hay dinero, no hay dinero! Y sin dinero no puedo organizar la Fiesta que el Reino necesita. Es importante para generar relaciones y negocio para nuestro Reino. Si no gastamos, no ganamos.

— Para empezar la mediación, necesitamos que nos digáis si queréis intentar llegar a un acuerdo. En cualquier momento cualquiera de los dos puede decidir irse, y estará bien. —Explicó Brunilda.

— Pero si decidís seguir, vuestro acuerdo se grabará a fuego. — Continuó Merlitón.

Los dos asintieron y ese acuerdo apareció escrito a fuego en una piedra al lado de Brunilda.

— ¿Qué pensáis de vuestra actitud en el desarrollo de vuestro objetivo? —Preguntó Brunilda.

— Bueno... Yo estoy siendo sensata... — contestó dudando la Consejera del Tesoro.

— ¿De verdad? ¿Crees que estás colaborando? Si no hay una buena Fiesta el resto de los Reinos no confiará en nosotros, se acabaron las relaciones y negocios. La Fiesta de los Cuatro Reinos es mucho más que diversión ¡Y lo sabes!

— Eso es verdad... — reconoció la Consejera del Tesoro.

Brunilda y Merlitón se miraron con una sonrisa cómplice, y la Reina de los Gnomos del Bosque preguntó:

— ¿Se os ocurre como podéis trabajar juntos? Parece que estáis de acuerdo que eso es muy importante y sois dos personas muy inteligentes y dedicados al bienestar de vuestro Reino.

— Bueno — dijo pensativa consejera —Podríamos pedir ayuda a los comerciantes a cambio de beneficios de los próximos años.

— Y a los niños de los colegios, ellos tienen amigos en todos los Reinos, seguro que con las ideas preciosas que tienen podrían ayudarnos. — Siguió El Consejero.

— ¡Podríamos intercambiar las Rosas de Fuego por Flores del Reino de Agua!

— Organizar una gira de los Dragones por los otros Reinos y a cambio vendrían los Caballos de Agua y Peces Voladores del Reino del Aire.

Bien, tenéis muchas ideas para trabajar juntos ¿creéis que podéis seguir así?

Los dos asistieron.

Vuestro acuerdo se ha grabado a fuego, la piedra volvió a escribirse sola, Brunilda sonrió y dijo:

— Ahora a descansar, mañana seguiréis trabajando.

Y ambos aparecieron en su cama tras una estela de purpurina.

Y colorín, colorado, en este cuento, se ha mediado.



Las Costumbres de mi Vecino



Inés de Sebastián Cernuda,
Iván Benito González y Carlota Isla Sánchez
(7,7, y 8 respectivamente)

Las costumbres de mi vecino

Curra Sánchez Cirugeda

Me llamo Micaela y nací en Madrid el 11 de julio de 2010, el mismo día que España ganó el mundial de fútbol, lo cual es una gran suerte como os podéis imaginar porque todos se acuerdan de que es mi cumple y me felicitan.

Tengo ocho años y desde que mi padre se cambió de trabajo vivo en Sevilla en la casa de mis sueños porque es muy luminosa y desde la terraza del salón se ve el parque de María Luisa.

Con mis padres y yo vive Maximina.

Maximina es una gatita gris y peluda, suave y con los ojos azules, tiene un carácter un poco arisco pero en realidad es muy buena. Con ella empieza y acaba todo lo que en este cuento, que es de verdad, os quiero contar.

Además de “Maxi”, Torcuato es el principal protagonista de esta historia y es nuestro vecino, tiene la edad de papá, son muy parecidos y es muy simpático. A mí me llama “Brownie de chocolate” y además me ha compuesto una cancioncilla porque él es músico:

... “Micaela y Maximina son mis dos lindas vecinas: una es de algodón y suave... Y Micaela a un Brownie sabe”...

Tiene una importante peculiaridad y es que se le oye mucho por toda la casa cuando ensaya pero nos gusta porque toca muy bien. Sin embargo desde hace algunas semanas mi padre está muy disgustado porque Torcu, que así le llamaba cuando eran amigos, le ha dado por tocar muy temprano los fines de semana y con el ruido despierta a mi padre que está durmiendo y sobre todo cansado de pedirle un poco de respeto y entonces grita enfurruñado cosas así:

—Ya está este petardo aporreando el piano, un día voy a llamar a la policía a ver si escarmienta y se calla de una vez.

A mí me da mucha pena porque mi padre ha decidido dejar de hablarle, ni invitarle a casa ni nada de nada de un día para otro.

Una tarde estaba yo dibujando en mi habitación acompañada de Maximina que dormitaba encima de un cojín mientras escuchaba a Torcuato tocar una pieza muy bonita de Chopin. Le miraba de reojo distraídamente de cuando en cuando hasta que por fin me decidí a lanzarle una goma para llamar su atención aprovechando que había dejado de tocar para responder un whatsapp. Torcu se giró hacia la ventana a la vez que me devolvía la goma de un solo golpe:

—Hola Micaela, “brownie de chocolate”, ¿Cómo estás? — me dijo con una gran sonrisa.

— Bien le contesté, aunque enseguida añadí:

— Bueno un poco triste porque os habéis peleado papá y tú.

Torcu algo sorprendido y frunciendo el ceño me respondió:

— Mira Micaela, aprecio mucho a tu padre y no estoy enfadado con él, pero creo que el problema lo tiene él conmigo porque no le gusta que toque y yo tengo que ensayar porque toco en conciertos que es mi profesión y vivo de esto, pero parece que no lo entiende, pues allá él.

Yo iba a responderle que comprendiera a mi padre pero en ese momento mi madre me llamó para ir a merendar y salí corriendo dejando a Maximina intentando encontrar la goma y a Torcu reanudando su sesión.

Mi madre me había preparado un bocadillo de queso y me dijo:

— A mí también me da pena que se hayan dejado de hablar tu padre y Torcuato, Micaela. —y añadió —seguramente Torcu no se da cuenta de que no todo el mundo toca el piano como él, todos los días, y le vendría bien comprender que sus costumbres podrían ser más respetuosas con los demás para mantener la amistad y el cariño de las personas que ama e intentar una solución. Estoy segura que Torcuato es buena persona igual que tu padre y se aprecian de verdad.

En ese preciso momento escuchamos un grito horroroso que venía de mi habitación:

—¡¿Dios mío dios mío, qué ha hecho esta gata?!

—¡Como la coja la tiro por la ventana!

Pitando salimos mi madre y yo directas a la casa del vecino como un cohete y llamamos al timbre con la ilusión de encontrar viva a Maximina o lo que quedara de ella.

Abrió con los ojos llorosos Torcuato y la MAXI, como lista que es salió como un rayo disparada hacia casa.

Había clavado las uñas en el piano y se lo había rayado como si fuera un paso de cebra.

Ahora el que dejó de hablar a papá era Torcuato.

Pasó el tiempo y yo iba al colegio día tras día pensando: ¡Seguro que hay una solución, seguro que hay una manera de resolver esta pelea y que vuelvan a ser amigos y felices! cuando de repente esperando el semáforo se me encendió la luz y pensé: ¡Estaba la señorita Rosa! Claro ella es profesora de primero de la ESO y da una asignatura que se llama Mediación, que enseña a resolver nuestras peleas para que todos salgamos ganando y contentos.

Antes de llegar a casa ya se lo había contado a la profe y habíamos quedado en que hablaría ella con mi madre por teléfono del asunto con la esperanza de que, mediando ella, se iban a arreglar las cosas entre Torcuato y nuestra familia.

A la semana siguiente Rosa apareció en mi casa antes de la cena y se pusieron a hablar Papá, mamá y ella en el salón. Al rato apareció Torcuato con cara de pocos amigos, ¡pero apareció!

Estuvieron largo tiempo al principio dando voces mientras yo con Maximina, cruzando los dedos, que casi me dolían, esperaba poder pronto, cantar de alegría.

Luego hubo silencio y entonces alguien dijo algo y todos rieron porque habían llegado a un acuerdo y lo solucionaron gracias a Rosa la mediadora.

Y entonces empecé a cantar: ...”Micaela y Maximina son mis dos lindas vecinas: una es de algodón y suave... Y Micaela a un Brownie sabe”...

Y colorín, colorado, en este cuento, se ha mediado.



Candela Nuñez Cimbrón (12 AÑOS)

Los colores de la mediación

Rocio Sampere Meneses

Hace tiempo que mi casa era de color marrón.

Cuando estaba con mamá a solas, o a solas con papá, volvían los colores bonitos, la vida volvía a ser amarilla, verde, roja.

Así que un día nos dijeron que cada uno iba a vivir en una casa, cerquita de mí, que nos veríamos mucho, que ellos siempre iban a estar a mi lado. La verdad es que no entendía porque estaban tristes al decírmelo, yo lo prefería, a todos los niños nos gustan los colores bonitos.

A partir de ese momento todo me fue bien; mamá me llevaba al cole cantando, papá me recogía y paseábamos hasta casa de los abuelos,

abuelos, allí me dejaba y se iba a trabajar, es conductor y trabaja por la tarde. Con los abuelos hacia los deberes, como siempre. Mi abuela fue maestra, y me ayudaba y me prepara bollos o a veces hacíamos galletas al horno con el abuelo. Al salir de trabajar mamá me recogía, un ratito al parque, luego nos íbamos a casa, en el camino le contaba todo, preparábamos la cena juntos, el cuento, los besos de buenas noches.

¡Y los fines de semana!! Esos eran ya de color rosa, azul cielo, amarillo, verde claro... Levantarnos tarde y desayuno con papá, o mamá, o a veces juntos los tres. Bueno los cuatro, porque no os he contado que está "Levis", nuestro gato.

Levis es precioso, cariñoso, blandito, en cuanto te sientas se pone encima de ti. A veces cuesta hacer los deberes con él en las piernas.

Levis vino a casa porque papá se lo encontró un día en el pueblo, estaba atascado en una tubería, era muy chiquitito, tenía un ojo de color verde clarito y otro de color marrón, y tenía el rabo cortado, no sabemos quién lo habría hecho. ¡Qué triste es que traten mal a los animales!

Mamá no quería gatos, tiene alergia, pero cuando vio su carita, los ruegos de papá y míos terminó diciendo que sí. Papá y yo la llenamos de besos.

Lo pasó mal la pobre, se le ponía la piel roja, no dejaba de estornudar... Tuvo que tomar pastillas, porque encima Levis siempre se le subía encima.

Así pasaban los días y de repente... llamadas de teléfono, cosas que yo no entendía... Y volvieron los colores oscuros, ¡ya no marrón, ya casi el negro!

Papá no iba al colegio a buscarme, ya no iba a casa de los abuelos a hacer deberes, ya nunca estábamos los tres juntos... No entendía nada.

Papá y mamá llegaban corriendo, cada vez uno a buscarme, y ¡el colmo! me apuntaron a clase de baile... porque era la única clase que coincidía con la hora de salida. ¡¡No me lo podía creer!! ¡¡yo bailando¡¡ ¡¡si soy un pato mareado¡¡ Mamá me contó que lo necesitaba porque no llegaba a tiempo a recogerme pues su hora de salida del trabajo y la mía coincidían... así que, por ella, fui a bailar!!!

Papá se quejaba de que mamá hiciera eso... yo no veía a mis abuelos, les dije que porque no me iban a buscar ellos, que si podían y querían. Mamá dijo que no, que habían pasado cosas y que no.

Y si ya me parecía raro lo del baile, vino lo peor, Levis se tenía que quedar a vivir con mamá. No entendía nada, Levis era el gatito que papá encontró, el de los ojos de dos colores, a mamá le daba alergia, ¿porqué se quedaba en casa de mamá? Debería estar con papá y conmigo.

Un día se lo conté a mi profesora, y les llamó para hablar en el colegio, nos sentamos a hablar todos, yo ya tengo diez años, y podía estar también.

Me explicaron que por temas de dinero habían discutido y que un juez había dicho que tenían que estar conmigo determinados días y horas, y que Levis tenía que estar con mamá.

Yo les pregunté ¿tanto sabe ese señor de nosotros? ¿Por qué no lo hacemos a nuestra manera? ¿lo del dinero es tan complicado? Tuve una idea, les dije que hicieran “Asamblea” eso hace mi profesora cuando nosotros discutimos, nos sentamos a hablar, por turnos, y a intentar entendernos.

Mi profe les contó que para los mayores esas “Asambleas” se hacían con un “mediador” y les dio un teléfono.

Les dije:

—Ahora, lo entiendo todo. Levis es mágico, su ojo color verde es el

de la felicidad, su ojo color marrón, es el de los días malos. Y él es nuestro tesoro, mamá no le quería, pero como quería a papá lo dejó estar en casa.

Papá dijo:

— Es verdad, y eso que le daba alergia.

Mamá añadió:

— Que conste que ahora le quiero muchísimo yo también.

¡Levis en casa de mamá ¡¿Quién nos conocía tan poquito para mandarnos hacer eso?

Al salir del despacho de la profesora, íbamos los tres de la mano (yo en medio) entendimos que nuestra vida era nuestra y que la íbamos a arreglar o a estropear nosotros.

Fueron a un mediador, y de lo del dinero no tengo ni idea como quedó, pero Levis está en casa con papá, me recoge en el cole, paseamos a casa de los abuelos, hago los deberes con ellos, y bollos, y galletas, mamá viene a buscarme y a veces, para que esté un ratito más en el parque, la abuela nos da un táper con tortilla de patata para la cena y alguna verdura.

Y todo vuelve a ser color bonito, de color verde ojo de Levis.

Y, se me olvidaba, si papá no puede llevar a Levis al veterinario, o si sale un fin de semana, nos lo llevamos a casa de mamá... Y desde que llega hasta que se va, están abrazados, aunque luego se tome la pastilla.

El mediador se llama Andrés, y de vez en cuando nos llama para ver como va todo. Me encanta saber que hay personas así.

Y colorín, colorado, en este cuento, se ha mediado.



Pau (9 AÑOS)

¿Donde está mi casa?

Elisabet Collado

Me llamo Jonathan, tengo 10 años, vivo con mi padre, mi madre y mis dos hermanos pero... no me acuerdo de la dirección de mi casa.

No soy despistado, de verdad y tengo muy buena memoria pero... ya es la quinta mudanza qué hacemos. Mis juguetes están ya mareados de entrar y salir de las cajas de cartón, empiezan a hacer caras raras.

Siempre me he preguntado porque hacíamos tantas veces las maletas y he llegado a pensar que mis padres son nómadas y que no les gusta vivir mucho tiempo en el mismo lugar.

Lo de moverse tanto de un sitio a otro tiene sus cosas buenas y su

cosas malas. Lo bueno es que conocemos a gente nueva, hacemos amigos nuevos y “visitamos” colegios nuevos. Lo malo es que oigo a mi madre llorar por las noches y que hemos vivido en pisos en los que da miedo hasta ir al lavabo, sobre todo cuando el WC es un agujero viejo y sucio en el suelo.

Hay una cosa que siempre se repite cuando nos vamos de los pisos y es que el día de la mudanza siempre viene a despedirnos la policía a la puerta de casa, acompañada de 2 o 3 personas con las manos llenas de carpetas y papeles. Como yo ya soy más mayor, mis padres me han explicado que no nos podemos quedar mucho tiempo en la misma casa porque no podemos pagar el alquiler para poder vivir en ella.

Os he contado todo esto para explicaros como ha ido mi vida hasta hoy. Sí, sí lo habéis oído bien “HASTA HOY”, porque hoy ha venido a vernos Laura. ¿Y quién es Laura? Pues es una Mediadora. Y muchos os preguntareis, ¿qué es eso? A ver, no tiene superpoderes ni concede deseos pero tiene el don de hablar con la gente. Les he preguntado a mis padres que es una mediadora o un mediador y me han dicho que es una persona que ayuda a encontrar soluciones a las personas que tienen un problema entre ellas para que encuentren una solución. En nuestro caso, ella está aquí porque estamos viviendo en un piso sin el permiso del dueño y este está enfadado con nosotros. Lo entiendo, es como si alguien me coge mi robot favorito sin que yo esté de acuerdo... A mí me molestaría mucho. Nos ha explicado que ella ha venido a conocernos, a ver en qué condiciones vivimos, a saber si tenemos agua, luz, gas... Si mis padres tienen dinero, trabajo, ayudas... Y luego nos ha dicho que hablara con el dueño del piso para que él también explique su situación.

Han pasado 3 semanas y Laura ha venido de nuevo a vernos. Yo estoy dibujando en el comedor como si nada, pero la verdad es que no puedo dejar de escuchar la conversación. Les ha dicho a mis padres que ha hablado con el dueño y que está dispuesto a negociar con nosotros para poder “regularizar nuestra situación”. ¿Y eso

que quiere decir? Esto significa, traduciendo estas palabras súper rebuscadas de los adultos, que mis padres deben traer unos papeles para que puedan estudiar nuestro caso y poder tener, a lo mejor, un techo donde vivir.

Después de un mes de espera, mi familia y yo nos hemos ido al despacho del dueño. Estábamos todos un poco asustados hasta que hemos visto que también estaba Laura y eso nos ha dado más confianza. Allí mis padres han firmado unos papeles y el dueño les ha dado las llaves de nuestro nuevo piso. Ahora os preguntareis... ¿Otra mudanza? Pues sí, pero esta vez es diferente, no nos vamos a “otro piso” sino que nos vamos a “NUESTRO HOGAR”.

Y colorín, colorado, en este cuento, se ha mediado.



Justina Masip Piñol

Los ositos de Encantaria

Justina Masip Piñol

El Bosque de Encantaria era un lugar lleno de alegría y de magia. La osita Mishima vivía unos días con su padre, y otros con su madre. Hacía mucho tiempo que sus padres habían dejado de quererse y así es como se lo habían contado. Ella se había adaptado muy bien a la situación porque había comprendido que sus papás preferían vivir separados y llevarse bien entre ellos, pero que, a pesar de ello, a ella siempre la querrían muchísimo. Además, Mishima ahora tenía dos casas repletas de juguetes.

Con el tiempo, el oso Bruno, el papá de Mishima, comenzó una relación de pareja con la osa Beth, con quien, poco a poco, fue formando una nueva familia. Mishima la acogió de buen grado, aunque a su madre no le hizo ninguna gracia.

Un maravilloso día de primavera, el oso Bruno y la osa Beth explicaron a Mishima que esperaban un hijo y que ella sería la hermanita mayor. A Mishima le gustó saber que tendría alguien con quien jugar y a quien enseñarle muchas cosas.

He aquí que llegó el día deseado y lo que se esperaba que fuera un hijo, fueron tres: Noam, Olympia y Nubia. Fue un día precioso, lleno de magia. Los pajaritos y las hadas del bosque bailaban y cantaban llenos de felicidad. Ahora bien, Mishima no mostró la alegría que había manifestado tiempo atrás. Y, de hecho, se fue distanciando poco a poco de su padre y de la nueva familia creada.

El Bosque de Encantaria se fue apagando, los pájaros dejaron de cantar, las hadas dejaron de bailar, la oscuridad de la noche se impuso y el sol no volvió a salir. Mishima no quería hablar y, pasado un tiempo, Mishima no quiso volver.

Los padres de los ositos trillizos siempre les hablaron de Mishima. No querían que se olvidaran de ella, de su hermana mayor. De ahí que los tres ositos la admirasen hasta el punto de que cuando veían sus juguetes los contemplaban como si de un tesoro se tratara y apenas se atrevían a tocarlos; todo lo contrario que con los suyos propios, que los tiraban por todas partes. Mishima, estaba presente en el corazón de todos y, a pesar de su ausencia, la amaban.

Pasaron los años y los tres ositos, que ya no recordaban cómo era el cielo iluminado, decidieron actuar. Querían encontrar aquel sol que salía en los cuentos que les contaba su mami, un sol que irradiaba felicidad en todos los que lo veían, aquel sol mediador, un sol que hacía que las personas que se encontraban bajo su presencia vieran las cosas de otra manera, un sol pacífico y amistoso. Los ositos que-

rían que la luz volviera a su casa, que volviera a reavivar el espíritu mágico del bosque.

Noam, Olympia y Nubia decidieron marchar del Bosque de Encantaria, dirección al paraje Punzante, donde estaba el cerro más alto del planeta. Una vez allí, empezaron a implorar al sol y no pararon de clamarle ayuda hasta que las fuerzas se les acabaron y se quedaron dormidos. De repente, Noam entrevió una luz que iluminaba sus párpados y abrió los ojos. El cielo estaba bañado de una luz muy intensa. ¡Era el sol! ¡Había venido! ¡Los había escuchado! Olympia y Nubia también se despertaron...

Conmovido por las súplicas de los ositos, el sol decidió ayudarles y, con sus brazos con forma de rayos, les acompañó hasta la casa de su hermana Mishima, de donde salió ésta junto con su madre. En ese momento, la magia de aquel sol mediador, les hizo reaccionar.

Los ositos trillizos explicaron que sus padres siempre les habían contado cosas muy bonitas de Mishima: de su manera de ser y de hacer, y de aquellos ojos azules tan preciosos que tenía. La osa Mishima escuchaba, asombrada, con atención... Los ositos les explicaron cómo echaban de menos a su hermanita mayor de la que tanto les habían hablado, aquella osita por la que tanto habían cantado los pajaritos y por la que tanto habían bailado las hadas del bosque, querían que regresara la luz a Encantaria.

Los ojos de Mishima se llenaron de emoción, esas palabras tan bonitas... Estaba confundida. ¿Su padre pensaba en ella? ¿Beth y sus hermanos la querían? ¿En el bosque la echaban de menos? Ella ya no estaba... No lo entendía... Dejó de ir porque pensaba que ya no formaba parte de la nueva familia creada. En ese justo momento, la percepción de la hermana osa cambió y su corazón se abrió.

La madre de Mishima se sonrojó. No se podía creer cómo había podido influir tanto sobre su hija; no entendía cómo, cegada por la envidia de que el oso Bruno tuviera una nueva familia, había podido de-

cirle a Mishima que su padre la había dejado de querer y que Beth y los ositos trillizos harían, incluso, lo imposible por quedarse también con todos sus juguetes. De hecho, era evidente que el oso Bruno, la osa Beth y los tres ositos la querían mucho, y el sol así lo transmitía.

La madre, avergonzada, se abrazó a Mishima y le pidió perdón. La hija le dio un beso. Después, miró al sol y le dio las gracias. Tanto tiempo preguntándose cómo habrían cambiado sus hermanos desde que los viera de bebés... Y ahora tenía la respuesta: eran preciosos y estaban llenos de bondad y, lo mejor de todo, en su cara podía ver el amor de unos hermanos pequeños que, a su vez, comprendieron por qué ella se había ido de Encantaria.

El sol regresó a los ositos al Bosque de Encantaria. Los pajaritos del bosque comenzaron a cantar y las hadas a bailar.

El oso Bruno y la osa Beth abrieron la puerta de casa, todo estaba iluminado, todo desprendía felicidad. Los tres ositos les miraron y dieron un paso al lado. Mishima estaba allí, Mishima había vuelto.

El Bosque de Encantaria volvió a ser un lugar lleno de alegría y de magia.

Y colorín, colorado, en este cuento, se ha mediado.